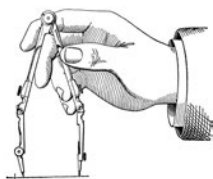


60 GRADOS NORTE



60 GRADOS NORTE

LA VUELTA AL MUNDO EN BUSCA DE MI HOGAR

MALACHY TALLACK

TRADUCCIÓN DE MARÍA FERNÁNDEZ RUIZ



VOLCANO

Título original: «SIXTY DEGREES NORTH. Around the world in search of home»

© Malachy Tallack, 2015.

Publicado originalmente en 2015 por Polygon, una marca de Birlin Ltd.
West Newington House, 10. Newington Road, Edinburgh EH9 1QS.

Edición española publicada por acuerdo con Eulama Lit. Ag.

Primera edición en VOLCANO Libros: septiembre 2018

© de la traducción: María Fernández Ruiz.

© de la presente edición: PÁPEL K Editorial S.L.

VOLCANO Libros

C/ Ávila, 1- 1ªA. 28231 Las Rozas, Madrid (España)

www.volcanolibros.com

Diseño de colección: Javier García

Diseño gráfico: Mikel Escalera

Maquetación: VOLCANO Libros

IBIC: WTL-BM

ISBN: 978-84-947471-7-5

Depósito Legal: M-22578-2018

Impreso en Kadmos. Compañía, 5, 37002 Salamanca (España)

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Todos los derechos reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato.

Este libro ha sido impreso en papel Natural de J. Vilaseca, un papel neutro de noventa gramos, sin colorantes y respetuoso con el medioambiente. El texto principal ha sido compaginado con la tipografía Adobe Caslon Pro en cuerpo 12.



ÍNDICE

El camino a casa	9
Las islas Shetland	15
Groenlandia	43
Canadá	75
Alaska	111
Siberia	143
San Petersburgo	161
Finlandia y Åland	189
Suecia y Noruega	219
La vuelta a casa	255
Agradecimientos	263
Nota del autor	265

EL CAMINO A CASA

RECUERDO AQUEL DÍA CON EL cielo plateado cargado de lluvia. Estaba empezando el invierno y acababa de cumplir diecisiete años. Había pasado la mañana en la cama, despierto y enfermo, pero a la hora de comer el aburrimiento hizo que me levantara. Me dirigí a la ventana arrastrando los pies mientras me echaba una bata sobre los hombros. La casa en la que pasé mi adolescencia daba al este, al puerto de Lerwick, la capital de las islas Shetland. Desde mi habitación del segundo piso se contemplaba nuestro jardincito, con su banco verde de pícnic y la celosía de madera adosada a un muro de piedra bajo. A lo lejos divisaba los pesqueros en el muelle y el *ferry* blanco y azul que iba y venía sin prisa de la isla de Bressay, al otro lado del estrecho.

El archipiélago de las Shetland está situado a sesenta grados al norte del ecuador y, según el mapamundi que había en la pared de la cocina, si miraba lo bastante lejos —más allá del mar del Norte— desde aquella ventana vería Noruega, Suecia y después el Báltico hasta llegar a Finlandia, San Petersburgo, Siberia, Alaska, Canadá y Groenlandia. Si conseguía mirar más lejos todavía, al final mis ojos me traerían

de vuelta, por el Océano Atlántico, hasta donde me encontraba ahora. Mientras contemplaba el puerto, medio vestido y temblando de frío, pensaba en aquel viaje. Aunque nunca había viajado por esta latitud, me imaginaba admirando aquellos lugares desde el cielo. Sentí como si me arrastraran alrededor del paralelo suspendido de un cable. El mundo giraba y yo giraba con él, dibujando un círculo que partía de mi hogar hasta llegar de nuevo a él, aterrizando inevitablemente en la parte de atrás de mi cabeza. El vértigo ascendió dentro mí como una bocanada de burbujas que sube a la superficie. Me desmayé durante un instante cayendo de golpe de rodillas en el suelo de la habitación. Agotado, me arrastré de nuevo hasta la cama, donde me quedé dormido y soñé otra vez con mi viaje alrededor del paralelo. Aquel sueño, aquel día, nunca me abandonó.

Mi padre había muerto varios meses antes. Me dejó una mañana junto a un lago de Sussex, cerca de su casa, y me pasé las horas siguientes pescando bajo el sol de agosto. Era el típico día normal y tranquilo en el que no debería suceder nada extraordinario. Pero sucedió. Cuando la tarde fue dejando paso a la noche y comencé a preguntarme por qué él no había regresado, ya estaba muerto. Se había matado en un accidente de camino al hospital donde iba a visitar a mi abuela. Mientras esperaba allí, solo, me aferré a la esperanza todo el tiempo que pude, pero ya me había puesto en lo peor. Y aunque al final me marché en busca de alguien que pudiera decirme qué había pasado y de algún lugar donde pudiera pasar la noche, una parte de mí permaneció allí junto al lago. Una parte de mí que nunca ha dejado de esperar.

Aquella noche todos los planes que tenía se esfumaron y cuando a la semana siguiente volví a las Shetland no tenía nada a lo que aferrarme. Ya hacía años que mis padres se habían separado, y mientras que yo me quedé con mi madre

y mi hermano en las islas, mi padre se fue a vivir al sur de Inglaterra, en el otro extremo de las islas británicas. Aquel verano me habían ofrecido una plaza para estudiar música en la escuela de artes escénicas del sur de Londres, así que me fui a vivir con mi padre. Había encontrado mi camino y lo seguí. Cuando murió, justo antes de que comenzara el primer trimestre, aquel camino desapareció para siempre. Mi única opción era regresar al norte y una vez allí no tenía ni idea de lo que haría. Aquel día que me quedé junto a la ventana soñando con el paralelo ya llevaba meses tirado, perdido y medio consumido por el dolor. Estaba buscando alguna certeza. Estaba buscando un camino.

A lo largo de los años, las Shetland le han sabido sacar partido a la latitud. Cuando estaba en el instituto, nuestra asociación de alumnos se llamaba «60° Norte». Después se creó un periódico sobre la industria pesquera con el mismo nombre. Y una emisora de radio destinada a los turistas. Y una revista *online*. Y una empresa de alquiler de contenedores de escombros. Y una cerveza que producían en Lerwick.

La omnipresencia del nombre se debe por una parte a la falta de imaginación y por otra a una especie de mentalidad de marca: vender nuestro exotismo norteño, o algo así. El paralelo 60 norte es una historia que nos contamos a nosotros mismos y a los demás. Es la historia de dónde estamos y quizás también de quiénes somos. Según lo que les cuentan a los turistas, «las Shetland se encuentran en la misma latitud que San Petersburgo, como Groenlandia y Alaska». Y especifican esto porque parece tener algún significado. Parece que significa algo más del hecho de que las Shetland estén en la misma longitud que Middlesbrough o Uagadugú. Estar en el paralelo 60 norte nos vincula a un mundo más interesante y misterioso que aquel al que suelen estar ligadas las islas. Destacar esta circunstancia significa

afirmar que no son un rincón olvidado de las islas británicas, sino que las Shetland también forman parte de algo más, de algo más grande. Tiempo atrás fueron el corazón geográfico de un imperio al norte del Atlántico, totalmente inmersas en el mundo nórdico de un modo que incluso ahora sigue generando nostalgia, más de quinientos años después de que el rey de Dinamarca y Noruega entregara las islas a Escocia. A diferencia de otros espacios políticos y culturales, el paralelo 60 es algo incuestionable y constante, inmune a los caprichos de la historia. Las Shetland pertenecen al norte, a esta línea donde no se las puede relegar a ninguna esquina. En el paralelo 60, el archipiélago ocupa una posición tan central como todos los demás puntos de la línea.

¿Pero qué tienen estos otros lugares de la lista que recitamos a los turistas? ¿Qué compartimos con ellos aparte de la latitud? ¿En qué consiste exactamente este club al que nos enorgullecemos de pertenecer? Al mirar un mapa se puede afirmar que el paralelo 60 es una especie de frontera donde lo que es casi el norte y el verdadero norte se unen. En Europa pasa por el extremo más septentrional de las islas británicas y por el sur de Finlandia, Suecia y Noruega. La línea toca la costa meridional de Groenlandia y cruza por la parte central y meridional de Alaska. Corta la vasta Rusia por la mitad, al igual que Canadá, convirtiéndose en la frontera oficial entre los territorios del norte y las provincias del sur. A lo largo de todo el paralelo encontramos regiones que suponen, hasta cierto punto, un reto para sus habitantes. Tienen que enfrentarse al clima, al entorno, al aislamiento. Y aun así eligen quedarse. Se reconcilian con las islas y las montañas, la tundra y la taiga, el hielo y las tormentas, y se quedan. Las relaciones entre las personas y los lugares —la tensión y el amor, así como las formas que esta tensión y este amor pueden adoptar— son el tema central de este libro.

Pasó más de una década desde aquel día junto a la ventana en el que soñé que giraba alrededor del mundo hasta que finalmente emprendí el viaje de verdad. Había pasado la mitad de aquellos años lejos de las Shetland. Había ido a la universidad, en Escocia y Copenhague, y después había vivido y trabajado en Praga. Había encontrado nuevos caminos y los había recorrido. Y posteriormente había regresado, al final más por elección que por necesidad. Durante aquellos años pensé tan a menudo en el paralelo, imaginando la línea una y otra vez, que cuando finalmente decidí recorrerlo, casi ni me paré a preguntarme el porqué. Ahora, sin embargo, creo saber los motivos.

En primer lugar, sentía curiosidad. Quería explorar el paralelo y ver aquellos sitios a los que estaba atado mi propio hogar. Quería saber dónde me encontraba y qué significaba estar allí. Quería empaparme de todo ese conocimiento y escribir sobre ello al regresar.

En segundo lugar, sentía agitación, esa presión efervescente que me hace desear lo que está en otros lugares, lo que está lejos. Esa inquietud, un placer y una maldición que me ha acompañado casi toda la vida, me genera desasosiego cuando debería estar contento y me produce alegría cuando debería sentirme incómodo. Me lanza al mundo casi contra mi voluntad.

Y, por último, y quizá sea la razón más potente, fue la nostalgia lo que hizo que me marchara. El deseo de volver al lugar al que pertenecía. Mi relación con las Shetland siempre había sido tensa y se había visto socavada por mi propio pasado, así que en cierto modo imaginé que si me iba, siguiendo el paralelo alrededor del mundo, aquello podría cambiar. Empezar tal viaje, en el que el destino final e inevitable fuera mi casa, era un acto de lealtad. Suponía un compromiso que, por primera vez en mi vida, estaba dispuesto a adquirir.

Así que me marché a visitar uno a uno todos los países que cruzaba el paralelo 60. Viajé en dirección al oeste, con el sol y con las estaciones: a Groenlandia en primavera, América del Norte en verano, Rusia en otoño y los países nórdicos en invierno. Pero el primer paso era encontrar la línea.

LAS ISLAS SHETLAND

ENTRE LA COLINA Y EL MAR

MIENTRAS CONDUCCIÓN ENTRE LAS ALDEAS de Bigton y Ireland en el extremo sur de Mainland, la isla principal de las Shetland, el sol presentaba un fulgor gélido y el cielo un azul reluciente, prácticamente sin nubes que lo mancillaran. A un kilómetro se encuentra el Atlántico, como un desierto, y más allá el horizonte, el borde suave y cortante que viene a interrumpir un paisaje que, si se estirara, podría dar la vuelta al mundo. En días así es difícil pensar en marcharse. Días como estos eclipsan a todos los demás.

La carretera estrecha bajaba hasta la costa, donde desembocaba en una pista de tierra. A más de un kilómetro y medio de la última casa me detuve, aparqué y salí del coche. El aire estaba en calma y quedo, y su calidez me invitó a dejar la chaqueta. Me gustaba estar allí, sentirme parte de aquel día. En algún punto de este tramo del litoral, el paralelo 60 amarraba el océano a la isla, cruzando tierra y mar sin dejar huella. Varios kilómetros al este volvía a encontrarse con las aguas que conectan las Shetland con Noruega. Cuando llegué al borde del acantilado saqué el mapa de la mochila y lo abrí para explorar el espacio que había entre donde estaba

y donde quería estar. Las líneas del mapa estaban claras y definidas, estableciendo una frontera entre el agua azul y la tierra blanca. Todo eran certezas en aquel trozo de papel, pero el mundo que tenía ante mí no se le parecía en nada. Tardé un poco en aunar ambas imágenes, en fusionarlas e imaginar cómo podrían reconciliarse.

Me encontraba a unos treinta metros sobre el agua, al borde de una cala de laderas muy escarpadas, lo que aquí llamamos *geo*. La tierra se hundía de golpe hasta una playa con rocas grandes que daba paso al mar, donde la marea menguante enredaba una alfombra tupida de algas. Al advertir mi silueta, media docena de focas abandonaron su puesto en las rocas para arrojararse de nuevo a las olas. Una vez se sintieron seguras, giraron para escudriñar mejor a aquella figura que se elevaba sobre ellas, incapaces de contener la curiosidad. Lejos de la costa, los cormoranes se hacinaban en tres islotes, con las alas negras extendidas, rodeados por un mar que tiritaba y temblaba con los rayos del sol. Más lejos aún, en dirección noroeste, la isla de Foula se erigía como una gran ola en el horizonte. Si había conseguido interpretar bien el mapa, aquellos islotes eran los Billia Cletts, lo que me situaba a unos cientos de metros al sur del lugar donde quería ir. Continué caminando con cuidado por el borde del acantilado. Abajo, distinguí las focas con aquellos cuerpos compactos formando manchas oscuras en el agua clara. Iba con paso lento sobre rocas grises bañadas de colores espléndidos. El líquen de un amarillo anaranjado salpicaba cada piedra; las clavelinas de mar inundaban cada grieta y fisura.

Los acantilados de esta parte del litoral están completamente horadados con cuevas, oquedades y calas pronunciadas. En invierno, esta zona de las Shetland sufre el azote del Atlántico y las tempestades del suroeste, cuyo rugido cruza todo el océano. Esas olas que nacieron a miles de kilómetros

encuentran el modo de llegar a estas orillas, creciendo y fortaleciéndose a medida que avanzan. El agua esculpe la tierra y arroja pedruscos enormes hasta la cima de los acantilados como si de canicas se trataran. Rachel Carson, en su libro *El mar que nos rodea*, al reflexionar sobre las costas azotadas por el mar en todas partes del mundo llega a la siguiente conclusión: «Es poco probable que exista una costa que reciba la embestida de las olas con más rabia que las de las Shetland y las Orcadas». Los turistas estivales llegan a creer que estas islas representan un norte moderado, un enclave que no sufre tanto las inclemencias del clima como otras tierras del norte. Sin embargo, si regresaran en mitad de una tormenta invernal cambiarían de idea. Esta es una de las zonas con más viento de Europa, hasta tal punto que una de las ocupaciones favoritas de los isleños consiste en recordar historias de tormentas pasadas. Como, por ejemplo, la del huracán Hogmanay de la Nochevieja de 1991, en la que se registraron ráfagas de 278 kilómetros por hora antes de que el viento arrancara el anemómetro del suelo. Y posteriormente, durante el mes de enero de 1993, se contabilizaron veinticinco días de vendavales y vi el petrolero Braer embarrancado en la costa, justo al sur del paralelo. El viento es el elemento predominante y más intenso del clima de las Shetland. En ocasiones se torna tan persistente que el mismo aire parece una presencia física, sólida como un puño apretado. Y en los raros días tranquilos, su ausencia puede ser sorprendente y maravillosa.

Esta violencia del viento y del mar, junto con su pasado glacial, convierte el litoral de las Shetland en una forma fractal hecha jirones. En 1814, John Shirreff escribió que «pocas cosas puede uno imaginar que sean más irregulares que el contorno de esta isla». Según la agencia cartográfica Ordnance Survey, la línea costera de las Shetland alcanza

unos 2 700 kilómetros, el dieciséis por ciento del total de Escocia; echando un vistazo al mapa es fácil comprender el porqué. La isla más grande, que se conoce como Mainland, tiene ochenta kilómetros de longitud, de norte a sur, y solo treinta y dos en su punto más ancho. No obstante, ningún punto se encuentra a más de cinco kilómetros del mar. La punta más meridional es una península, de casi cincuenta kilómetros de longitud y como máximo cinco de anchura, que se extiende como si fuera un dedo del puño que forma el centro de Mainland. Más al norte, la costa es una panorámica de playas, calas, acantilados pronunciados y bahías angostas a las que denominan *voes*. Estos *voes* son unos valles profundos, como pequeños fiordos, que fueron inundados por el mar tras la última glaciación. Le pegan un bocado a la tierra, alargando el litoral y haciendo el océano ineludible, siempre y en todas partes.

Cuando las Shetland emergieron del hielo hace 12 000 años, no había nada. Ni vegetación, ni aves, ni mamíferos, ni rastro alguno de vida. Era un espacio vacío a la espera de llenarse. Y a medida que el clima fue mejorando poco a poco comenzó a poblarse. Los primeros colonizadores aparecieron en forma de líquenes, musgos y arbustos, seguidos de aves marinas, que aprovechaban la abundancia de alimentos que ofrecía el Atlántico Norte. Las aves que iban llegando traían consigo semillas de otras plantas en las patas y en el estómago.

Los primeros mamíferos terrestres de las Shetland fueron los humanos, que llegaron hace unos 6 000 años. Las islas que los recibieron no se parecen demasiado a las de hoy en día. Predominaban los bosques bajos —con abedules, enebros, alisos, robles o sauces— junto con hierbas altas y helechos, especialmente cerca de la costa. Era un lugar exuberante, verde y apacible, y la falta de presas, como los

ciervos, se compensaba con la ausencia de depredadores y de competencia. Aquí no se encontraban los lobos ni los osos con los que aquellos pobladores habían convivido en Escocia. En cambio, había una gran abundancia de pájaros, de los que obtenían carne y huevos, y de focas, morsas, ballenas y peces.

Este primer asentamiento en las Shetland coincidió con las últimas fases de un cambio esencial en el modo de vida del norte de Europa. La agricultura, que nació en la Media Luna Fértil de Oriente Próximo, se había ido extendiendo hacia el oeste y el norte por todo el continente a medida que el clima mejoraba y se estabilizaba. La tierra que otrora había sufrido la erosión y las cicatrices del hielo estaba viendo otra transformación, esta vez a manos de aquel pueblo. Talaron y quemaron los bosques para hacer sitio a los animales domésticos. Los primeros setelandeses también fueron los primeros granjeros y lograron una serie de hazañas impresionantes. El hecho de que cruzaran las peligrosas aguas que unen Gran Bretaña y las islas en aquellos endebles barcos recubiertos de pieles y con la suficiente cantidad de personas para construir grandes comunidades ya resulta asombroso, pero lo extraordinario es que consiguieran traer consigo animales en cantidades considerables: cerdos, ovejas, cabras y vacas. Estos animales, y las gentes que los trajeron, demostraron ser el factor principal a la hora de alterar y remodelar el paisaje tras el deshielo.

Estos pobladores consideraban las Shetland el confín del mundo. O incluso más allá. Era lo más al norte que se podía ir atravesando Gran Bretaña, y los que se embarcaron en aquella empresa corrieron un grave peligro. ¿Por qué lo hicieron entonces? ¿Qué los impulsó a dirigirse al norte? ¿Sería simplemente por su espíritu aventurero? ¿Sería porque los acantilados de las Shetland, que se adivinaban en el

horizonte desde las Orcadas, atraían a la gente hasta que ya no pudieron resistirse más? ¿Se trataba simplemente de seres humanos explorando los límites de lo posible?

Resulta tentador pensar que estas eran sus razones, pero hay otras explicaciones posibles. Especialmente la posibilidad de que el desarrollo de la agricultura en sí hubiera obligado a los colonos a ampliar sus horizontes. Los cambios en el uso de la tierra del norte de Gran Bretaña ejercían presión en cuanto al espacio disponible, lo que creaba cierta tensión y conflicto entre pueblos vecinos. Aquella sociedad que no tenía murallas ni fronteras estaba evolucionando hacia una donde estas se tornaban esenciales. Quizá fuera precisamente esta tensión lo que llevó a que la gente se encaminara al norte, hasta las Shetland.

Ahora se percibía una ligera brisa que subía por el borde del acantilado; los fulmares se aferraban a ella, montándola como si fueran caballitos de feria, meciéndose arriba y abajo sobre el aire resplandeciente. Uno de ellos se elevó sobre los demás, cerca de mi cabeza, y se mantuvo quieto un instante haciendo frente al viento. Daba la sensación de que flotaba, y tal como yo lo miraba a él, estoy seguro de que me estaba devolviendo la mirada. Nos observamos durante unos segundos, fascinados: yo por su sublime desdén por la gravedad y él por mi torpe masa corpórea y mi extraño anclaje a la tierra. Los fulmares son las aves marinas más curiosas. Son incapaces de ignorar a los que vienen a pasear por el acantilado, importunándolos con su cotilla vuelo de reconocimiento y presumiendo de sus habilidades acrobáticas. Su aspecto es grácil, a la vez que amenazante. Tienen algo que les confiere una expresión siniestra, quizá sea por esos ojos negros, intensos, ensombrecidos por delante y con el dibujo de una coma por detrás, o por esos picos protuberantes como los de los petreles. Esta apariencia se ve reforzada

por los graznidos repiqueteantes y agudos de estos pájaros acomodados en sus nidos, y su costumbre de vomitarles una sustancia aceitosa y nauseabunda a los que tienen la mala suerte de acercarse demasiado a ellos.

Continuando por el borde del acantilado, llegué al arroyo Burgistacks, donde las collalbas se dispersaban a mi paso con un claqueteo como el que hacen las canicas en una bolsa de tela. A medida que caminaba, se mantenían a una distancia prudencial por delante de mí dando saltitos cada vez que yo avanzaba dos o tres pasos. En esta zona, el arroyo se precipita hacia el mar por una pendiente rocosa hasta llegar a una pequeña cascada recubierta de un musgo verde empapado de agua. Pasado el arroyo se encuentran los farallones de Burgi. Y ya entonces, según el mapa, estaba casi en el paralelo.

Me detuve a observar con detenimiento la topografía del terreno. No era tan fácil como creía distinguir un sitio de otro y tener la certeza de dónde me encontraba. Según el mapa, la línea del paralelo pasaba por mitad de una cueva, pero desde donde yo estaba no la veía. Continué hacia el norte hasta asegurarme que había cruzado el paralelo y después volví sobre mis pasos. Me asomé a una pendiente pronunciada con rocas sueltas para descubrir cómo las líneas simples del mapa se deshacían en piedras, hierba y olas. Con el ángulo del acantilado y las rocas que sobresalían de él, era imposible tener la más mínima seguridad.

Estuve tentado de descender por la cuesta hasta el agua, a ver si lo veía todo más claro. Parecía que había una bajada más o menos practicable. Sin embargo, implicaba pasar junto a dos crías de fulmar peludas y gordas que sin duda aprovecharían con gusto la oportunidad de practicar su habilidad de lanzamiento de vómito. Era una estupidez, así que lo pensé mejor. Me senté sobre la hierba fresca con el

mapa bien desplegado frente a mí, siguiendo las líneas con los dedos.

Tenía calor y sed, y estaba cabreado conmigo mismo por no haberme traído un GPS que lo hiciera todo más fácil. Durante un instante todo me pareció arbitrario y sin sentido; no había manera de estar seguro de nada. No obstante, seguía buscando algún lugar concreto, algún punto de partida. Así que volví a fijarme, leyendo cada palabra de la zona que me rodeaba: al sur, los farallones de Burgi, la cueva, y al norte el pequeño promontorio de Mandrup y la península de Sheep Pund. Al este se hallaba el prado de Mandrup, el campo que se encontraba justo a mis espaldas.

Y entonces la vi. Casi oculta entre aquellas palabras, «Prado de Mandrup», sobresaliendo tras las letras a ambos lados del término, había una línea recta y firme: una valla. Y al tocar el acantilado coincidía con el paralelo. Me puse en pie y dirigí la mirada hacia el este, siguiendo los postes que se extendían por el campo colina arriba. Después eché la vista atrás, adonde terminaba la valla en una maraña de alambres y madera casi colgando del borde del acantilado. Aquí estaba: sesenta grados al norte del ecuador. Esta era mi línea de salida.

Toda búsqueda geográfica comienza en el único punto del que podemos estar seguros. Comienza en el interior. Y de ese interior surge una única pregunta: ¿Dónde estoy?

Imagínate encima de una colina. O mejor aún, imagínate en una colina alta de una isla pequeña desde donde puedes divisar el horizonte en cualquier dirección como una línea ininterrumpida perfecta. Te quedas allí desde el amanecer hasta bien entrada la noche. Ves la salida del sol a un lado de la isla y el arco que forma en el cielo, desplazándose lenta-

mente y de una forma previsible por el cielo hasta que llega al punto opuesto del horizonte, donde desaparece poco a poco. A medida que la luz se extingue, las estrellas dibujan pecas en la creciente oscuridad. Ellas también giran a tu alrededor sobre un eje anclado en Polaris, la Estrella Polar. Este magnífico escenario donde el día y la noche dan la impresión de sucederse sobre el mundo inmóvil y envolverte con su movimiento. Y surge la pregunta: ¿Dónde estoy?

El universo que vemos es un espacio de espejos e ilusiones que engaña al ojo y a la mente. Hace falta un gran acto de fe científica para aceptar los hechos tal y como los conocemos ahora: que nada es estático, que tanto nuestro universo como nuestro planeta están en movimiento continuo. Mirar al cielo y reconocer esto requiere un amplio ejercicio de imaginación. Supone verse desbordado no solo por la sensación de insignificancia, sino también de miedo, vulnerabilidad y euforia. En medio de todo este movimiento, de esta distancia insondable, se antoja imposible que podamos estar en ninguna parte.

No obstante, nuestra comprensión de la posición que ocupamos en la Tierra no se basa en estos movimientos celestes. Cuando los primeros pobladores comenzaron a utilizar el sol y las estrellas para orientarse al navegar, lo hacían sin ser conscientes de ello o ignorando aquellos datos tan confusos. El hecho de que la Estrella Polar no sea un punto estable en el universo carece de importancia mientras que lo parezca. Da igual que el Sol no gire alrededor de la Tierra siempre que siga pareciendo que lo hace y esta apariencia sea predecible. Y es que los orígenes de este interrogante —¿dónde estoy?— no son tan filosóficos ni de una exactitud científica, sino de índole práctica. Dónde estamos solo tiene sentido si nos referimos a dónde hemos estado y dónde queremos estar. Para poder desplazarnos con un propósito

determinado, para no perder el tiempo y poner en peligro nuestras vidas, debemos construir una imagen de nuestra posición y de dónde nos encontramos con respecto a lo que nos rodea. Tenemos que trazar mapas.

Contemplé el mar en calma, las líneas formadas por la marea se enredaban como una madeja de pelo blanco. Levanté la mirada hacia el horizonte —que unía el azul con el azul— y más allá, hacia lugares que me eran desconocidos: Groenlandia, Norteamérica, Rusia, Finlandia, Escandinavia y de nuevo de vuelta aquí por el mar del Norte. Me quedé mirando durante varios minutos hasta que estuve listo para marcharme. Di la vuelta y subí por la colina siguiendo la valla. Desde mi línea de salida en el acantilado emprendí el regreso siguiendo el paralelo, disfrutando de estar otra vez en movimiento.

En un momento, el verde exuberante que bordeaba la costa dejó paso al brezo bajo y a una tierra oscura y llena de turba. El terreno presentaba ahora una planicie púrpura y olivácea, en la que se apreciaban trincheras y terrazas allí donde habían cortado la hierba. Los matorrales blancos de algodón de los pantanos salpicaban la colina. Unas charcas de aguas negras se agazapaban a los pies de las zanjas de turba y en los estrechos canales que se extendían entre ellas. Fui dando saltitos de una islita de tierra firme a otra, intentando no mojarme los zapatos, como una alondra trata frenéticamente de estar suspendida en el aire, sostenida por la levedad de su canto.

En poco más de diez minutos me encontraba caminando cuesta abajo de nuevo, adentrándome en el frondoso valle que encierra el lago de Vatsetter y el arroyo de Maywick, flanqueado por unos brillantes lirios amarillos. La espesura del brezo volvió a diluirse en un verde más ligero, menos tupido, y en la pendiente de enfrente había un campo donde

el forraje cortado dibujaba rayas sobre el terreno. Una ráfaga de chorlitos dorados se elevó de pronto desde el suelo ante mis ojos para dibujar espirales sobre el valle. Una pareja de avefrías sobrevoló el lago, dirigiéndose hacia el mar con una elegancia algo torpe. Observé los pájaros hasta que desaparecieron de mi vista y después continué mi descenso hasta el arroyo.

La pendiente tan pronunciada que bajaba hacia el valle venía acompañada de otra cuesta similar para salir de él. Era un camino de grava que, según el mapa, zigzagueaba varias veces a lo largo del paralelo antes de menguar hasta desaparecer completamente. Seguí andando y pronto volví a verme rodeado de turba. La colina ascendía de forma abrupta a doscientos metros, y aunque estaba acalorado por la caminata, mereció la pena subir. Al llegar a lo más alto, el paisaje se abrió ante mis ojos sin previo aviso, ofreciéndome una vista general de las Shetland, con el Atlántico a mis espaldas y el mar del Norte frente a mí. Sobre mi cabeza, los cirros atravesaban un cielo intenso, el más amplio que haya visto jamás, como mechones blancos cuidadosamente peinados.

Los seres humanos siempre se han desplazado de un sitio a otro guiados por una combinación de memoria, conocimiento adquirido y curiosidad. Hemos utilizado, sobre todo, mapas internos, rutas que recordábamos para ir de un punto importante a otro: lugares donde había comida, refugio o peligro. Los elementos de estos mapas pasaban de generación en generación a través de canciones y relatos. Se adornaban, se actualizaban y, cuando era necesario, se desechaban. Eran mapas vivos, donde el espacio y las direcciones están sellados y separados del mundo exterior. Pueden llegar a ser tan intrincados y misteriosos como las llamadas líneas de canciones de los aborígenes australianos o tan simples como recordar cómo ir a la tienda desde tu casa.